

La cartografía como comunicación en el tiempo

Paula FERNÁNDEZ ABÓN

LA CARTOGRAFÍA

Rumbo fijo y desconocido derrotero. Así han viajado durante centenares de años marinos de todo el mundo, antes de que se descubriera la totalidad de tierras y mares que conforman nuestro planeta. Para hacerlo, contaban con un preciado guía: la cartografía, ciencia con historia y evolución propias, soporte de culturas y valioso testimonio para el estudio del pasado del hombre¹.

La cartografía ha sido, a lo largo de la Historia, una ciencia de imprescindible conocimiento para comerciantes, exploradores, científicos, militares, etc. El mapa se convertía así en un elemento de utilidad como instrumento de navegación e investigación, como información científica y documento histórico, e incluso como objeto de arte. Su Majestad, el Rey Juan Carlos, la ha definido como *"el mejor exponente de la Historia y evolución del hombre sobre la Tierra, de sus asentamientos, del aprovechamiento de los recursos, del progreso de su conocimiento científico y técnico y de sus afanes por conocer nuestro planeta"*.

Según sus fines y destinatarios, su utilidad y evolución, su valor artístico, su contenido (tanto geográfico como humano) o la técnica empleada para su elaboración, los mapas se han clasificado atendiendo a diversos criterios; todos ellos conservan una indiscutible riqueza informativa, que es, además, novedosa en la mayor parte de las cartas marinas, especialmente las de los siglos XIV y XV, portadoras de noticias² acerca de los descubrimientos de rutas, tierras y mares hasta entonces desconocidos que los comerciantes, marinos y jefes de Estado de todo el mundo pagaban a precio de oro.

¹ G.R. CRONE: Historia de los mapas; México F.C.E. Breviarios, 1956.

² Se entiende por noticia la información de un acontecimiento que suponga una novedad.

La cartografía posee, además, otro elemento sustancial propio de cualquier medio de comunicación: su capacidad para intercambiar información. Los mapas y cartas marinas de todos los tiempos han sido portadoras de una información consultada para diversos fines. La cartografía ha bebido de otras fuentes para su propio desarrollo; entre ellas la Religión, la Literatura, la Astronomía, las Matemáticas o la Geografía, que han influido en su proceso evolutivo.

LA CARTOGRAFÍA AMERICANA PREHISPÁNICA: CARTOGRAFÍA CLÁSICA DEL VIEJO MUNDO

La cartografía que conocemos actualmente es el resultado de centenares de años de desarrollo, en los que esta ciencia ha sido adoptada y aplicada por distintas civilizaciones. Algunas recibieron la cartografía como legado de culturas anteriores, y en otros casos, evolucionó de modo independiente, como ocurrió con la cartografía indígena anterior al descubrimiento de América. Existía una gran tradición cartográfica entre los pueblos de Mesoamérica. En los mapas de los indios norteamericanos, que eran trazados de modo tosco en piel o en corteza de abedul, existía un alto porcentaje de representaciones cosmológicas. También elaboraban mapas con detalles de rutas migratorias de animales y grupos humanos, con indicación de distancias, número de individuos y pormenores del camino. Hacia la mitad del siglo XVI, la cartografía recibió un fuerte impulso, gracias a la penetración española, que permitió a los indios la utilización del papel en la confección de mapas. En el terreno de la cartografía se produjo también un encuentro entre dos mundos.

Los aztecas, por sus acciones bélicas, sus constantes desplazamientos y sus dotes para el dibujo y la pintura, fueron buenos cartógrafos; tenían sus mapas un curioso sentido religioso.

Es difícil definir cuál fue la aportación de esta cartografía indígena al perfeccionamiento del conocimiento geográfico de los europeos, pero sin duda las indicaciones y mapas que los indígenas proporcionaban a los exploradores sirvieron de gran ayuda para la consumación del descubrimiento, y actuaron como verdaderas fuentes de información. Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo reconocieron haber utilizado mapas indígenas para sus expediciones, que les llevaron al corazón de la cultura mexicana. Pedro Mártir de Anglería hablaba de dos mapas importantes, uno que parecía contener el centro de México hasta la costa del golfo, y otro de Tenochtitlán y las lagunas que lo

rodeaban. Es probable que la información que contenían estos mapas fuera aprovechada por los europeos para elaborar su primera cartografía del Nuevo Mundo. De hecho, se ha demostrado su influencia en el plano de Tenochtitlán y en el primer impreso del litoral del golfo de México, los cuales aparecieron en la edición de 1524 de la segunda carta de relación de Cortés.

De entre los que hace poco vivían en un nivel primitivo, los esquimales han sido los que poseían una técnica cartográfica más avanzada. Los aborígenes de las islas Marshall idearon un curioso sistema de representación cartográfica: cartas marinas confeccionadas con cañas entrecruzadas a las que se adherían piedras de distintos tamaños. Las varillas representan la dirección de las olas en los alrededores del archipiélago, la curvatura predominante de los frentes de olas, las fosas marinas y las islas, indicadas con valvas de molusco en las intersecciones de las fibras, y con los que se guiaban para navegar durante largas travesías.

No se conservan testimonios concretos de mapas realizados durante el primer período de la vida del hombre sobre la Tierra.

EGIPTO: CARTOGRAFÍA Y RELIGIÓN

En Egipto, la organización social y política estaban fuertemente vinculadas al Nilo, determinadas por la conducta de sus aguas, las cuales condicionaron, el desenvolvimiento de la cartografía. Claros ejemplos son los mapas que aparecen en el *Libro de los muertos* (una “guía práctica del comportamiento ultraterreno”) y que representa el reino de Osiris, al que acceden las almas después del fallecimiento. Las últimas dinastías faraónicas recibieron ya la influencia de Grecia, y la cartografía de esta época muestra una clara tendencia helenizante.

GRECIA: CARTOGRAFÍA Y GEOGRAFÍA, MATEMÁTICAS Y MITOLOGÍA

Los griegos también mostraron curiosidad por la técnica cartográfica. El mapa más antiguo que se conoce (S. VI a.C) es el de Anaximandro –discípulo de Tales de Mileto³– Geográficamente también se produjeron avances; en la Escuela de Pitágoras se afirmó por primera vez que la Tierra era una esfera.

³ Gran estudioso de la Geografía y Naturaleza de la Tierra.

A la Escuela de Alejandría asociamos nombres como Eratóstenes, Hiparco de Nicea o Marino de Tiro; pero fue Ptolomeo el gran alejandrino. Con él culminó esta escuela, y su mérito reside en haber sentado los principios básicos de la cartografía científica y en haber realizado los primeros mapas de esta clase, con el desarrollo de las proyecciones más convenientes para representar la esfera sobre un plano, según la extensión de la superficie que interesaba conocer.

Eratóstenes midió el arco del meridiano entre Alejandría y Siena con un error de tan sólo 80 Kilómetros.

ROMA: CARTOGRAFÍA Y POLÍTICA

Los romanos, no aportaron grandes adelantos en cartografía científica. Para ellos el mapa era un instrumento práctico para los viajes de funcionarios y las campañas de las legiones. Únicamente nos dejaron como legado los mapas de calles. Utilizaban la cartografía para administrar su Imperio, y consignaban en sus mapas las lindes de las haciendas, los núcleos de población, los caminos y los trayectos. Mientras que los griegos fomentaron una cartografía científica, los romanos vieron en ella una finalidad exclusivamente práctica.

EDAD MEDIA: CARTOGRAFÍA Y RELIGIÓN-LITERATURA

Debemos remontarnos a la Edad Media para analizar la estrecha vinculación de la literatura y la religión con la cartografía; en el medievo existían multitud de mitos acerca de la existencia o no de tierras desconocidas al otro lado del Océano Atlántico. Corrían rumores de que allí se encontraba la Tierra de Promisión, la mansión de las almas bienaventuradas; otros imaginaban monstruos que habitaban en islas fantásticas junto a sirenas y dioses que dominaban el océano entero (influencia de Marco Polo a través de su libro, en el que evoca las maravillas de Asia). Los más aventureros se lanzaban a la expedición; la incertidumbre, el miedo y la duda crecían entre los que aguardaban en tierra su regreso. Esta mentalidad, en la que también incluimos aspectos religiosos, aparece reflejada en la cartografía de la época en forma de monstruos que emergen de las aguas del Atlántico, seres extraños que, soplando, generan los vientos alisios (que, como veremos, empujan las embarcacio-

nes desde la zona comprendida entre Lisboa y Canarias hasta Guinea, en África). Por este motivo es habitual encontrar en los mapas de la época una increíble fantasía, plasmación de lugares y seres inexistentes que la literatura hacía llegar a oídos del pueblo.

También las creencias religiosas tenían su hueco en la cartografía. En la Edad Media, por ejemplo, se colocaba la ciudad de Jerusalén en el centro de los mapas del Mundo.

Nacieron posteriormente los llamados *mapas de T en O* (cartografía eclesiástica medieval) en los que aparece el Paraíso terrenal y otros elementos de la tradición cristiana. En ellos la O representaba al *Orbis*, la *Ecumene*, el mundo conocido que se dividía en tres partes: Europa –representada abajo, a la izquierda–, Asia –la más amplia, en la parte superior –en cuyo extremo oriental (arriba) aparece el Paraíso, de acuerdo con la indicación bíblica– y África –frente a Europa–; que tenía en el centro a la ciudad de Jerusalén. Estas tierras aparecían rodeadas por el océano. La T estaba formada en su travesaño por los ríos Tanais y Nilo, y en su línea vertical por el Mediterráneo. El modelo se repite una y otra vez con diversas variantes a lo largo de la Alta Edad Media y su influencia llega hasta el mapamundi de fray Mauro, realizado en 1459, en pleno Renacimiento.

Estos mapas eran también conocidos con los nombres de *mapamundi*, *circular*, *discario* y *Orbis Terrarum*. Tras la caída del Imperio Romano, Europa entró en un retroceso cultural que se tradujo en el olvido de la síntesis ptolemaica y la vuelta a considerar el mundo como un disco flotando en el Océano. Se perdieron (o se confundieron) los datos recogidos por las generaciones de viajeros y estudiosos, que habían permitido que los helenistas representaran con precisión las tierras conocidas. Asimismo, desapareció el sistema de medición por coordenadas (meridianos y paralelos). La ciencia matemática fue sustituida por otra basada en ciertas expresiones de la *Biblia* que inducen a pensar en una Tierra plana con Jerusalén en el centro⁴. Fue una etapa caracterizada, en definitiva, por el sincretismo, el aislamiento, el rechazo a toda novedad e incluso por el estancamiento, cuando no retroceso.

⁴ El texto bíblico de Ezequiel dice: '*he aquí lo que dice el Señor Dios: Ésta es aquella Jerusalén que yo fundé en medio de los gentiles, habiendo puesto sus regiones en torno a ella*'.

El simbolismo de estos mapas es quizá su característica más interesante. A menudo aparecen Jesucristo, el día del Juicio, el Purgatorio, la Crucifixión, el arca de Noé o la Torre de Babel. A estos elementos se unen los ya conocidos vientos representados como cabezas soplando en torno al mundo, animales monstruosos (Antrophogi), razas humanas legendarias, miniaturas de ciudades, plantas y demás elementos profanos de la iconografía medieval.

En los siglos XIII y XIV los conocimientos árabes de Matemáticas, Astronomía, instrumentos de Navegación..., supusieron un avance trascendental. De ellos, Barcelona fue el centro difusor de España. Mientras las naciones europeas (las ciudades-Estado italianas y los reinos de Aragón y Portugal) trataban, sin conseguirlo, de romper el cerco de los piratas rusos y se organizaban las Cruzadas con el pretexto de reconquistar Jerusalén —aunque a la larga no alcanzaron su propósito—, la cultura árabe se convirtió durante la Edad Media en la continuadora del desarrollo científico interrumpido en Europa. Los estudiosos que acuden a Bagdad conocen los textos griegos y las teorías astronómicas indias, estudian proyecciones y elaboran cartas y esferas celestes. La experiencia viajera de los árabes aportó datos fundamentales a la cartografía, especialidad en la que destacaron nombres como Masudi, Al-Biruni, Abul Feda y Al-Idrissi, geógrafo y matemático cuya actividad llevó la fama a la Escuela de Palermo y que, en 1154, trazó para el rey normando de Sicilia Roger II un mapamundi acompañado de setenta mapas locales que compendian los conocimientos geográficos de musulmanes y cristianos en el siglo XII. Entre los siglos VIII y IX, el califa adassí Al-Mahmum (787-833) hizo traducir unos textos griegos adquiridos en Bizancio, entre los que se supone que se encontraba la *Geografía* de Ptolomeo. Este monarca encargó a Al-Juwarizmi la elaboración de un estudio en el que se recogiera toda la información geográfica conocida de la Tierra. Fruto de éste fue el mapa del mundo y tablas astronómicas que se publicaron posteriormente. Durante el reinado de Al-Hakan II (913-976) se creó en Córdoba un gran centro de estudio de las matemáticas, la astronomía y la geografía, en donde se tradujeron las obras de Orosio y, parcialmente, las de San Isidoro de Sevilla. Midieron un grado del arco del meridiano con bastante precisión, y consiguieron calcular la verdadera longitud del Mediterráneo: 42 grados, en lugar de los 62 que le había asignado Ptolomeo.

Los árabes habían tomado de los chinos una aguja imantada que desde los siglos VII y VIII habían empleado en sus navegaciones. Esta primitiva brújula o calamita fue posteriormente perfeccionada por navegantes italianos, que

prescindieron del agua y montaron la aguja de hierro en un eje vertical, sobre una cartulina en la que aparecían los 16 ó 32 rumbos del horizonte. Esta cartulina fue llamada *Rosa de los Vientos*, y señalaba el norte con una flor de lis. Hay que tener en cuenta, al leer los mapas árabes, que éstos colocaban en la parte superior del dibujo el sur (al igual que los chinos). Se cree que esto respondía a la intención de destacar la dirección de la Meca (al sur de Bagdad), por lo que otorgaban a dicha dirección el eje principal en la obra. (Lo mismo ocurre con los mapas eclesiásticos europeos de la Edad Media, en los que ese honor lo ocupa el este, punto del mapa en el que aparece dibujado el Paraíso Terrenal y orientación privilegiada porque al este de Europa está Palestina, la *Tierra Santa*).

Entre los años 1250 y 1275 se idearon los portulanos, de trascendental importancia en la evolución de la cartografía. Técnicamente plasman la realidad física siguiendo la línea costera. Los sistemas de representación cartográfica en estas cartas son muy simples, basados en la perspectivación, y con resultados poco fiables en cuanto a escalas, distancias y mediciones, aunque con un gran valor artístico y fuerte dosis pictórica.

En aquel tiempo era imposible medir desde el mar meridianos y paralelos, por lo que estas cartas no podían utilizar un esquema de coordenadas. En ellas figuraban uno o más puntos centrales, los ombligos o rosas de los vientos, de los que parten líneas de rumbo. Estos puntos centrales están rodeados por ocho, dieciséis o treinta y dos puntos secundarios que forman un polígono en torno a la rosa de los vientos y de los que, a su vez, salen nuevas líneas de rumbo que al cortarse entre sí recubren la carta a modo de telaraña. El norte magnético lo situaban en la parte superior, a diez u once grados al oeste del norte geográfico, por lo que se producían deformaciones en la representación.

Es una novedad y un avance el hecho de que estas cartas se trazasen a escala⁵. Aunque las líneas costeras no estén muy pormenorizadas, sí se indican los puertos, ancladeros, cabos y peligros para la navegación, como bajíos y arrecifes, con señales y nombres rotulados perpendicularmente al litoral. Las

⁵ Hablo de una representación más aproximada de la escala, previo estudio sobre la misma, ya que en la mente de cualquier dibujante o cartógrafo, por pocos conocimientos técnicos que tenga, está presente la idea de escala (es consciente de que aquello que intenta representar sobre el papel u otro tipo de soporte material es de mayor tamaño que el resultado gráfico obtenido).

tierras del interior, que suponían un menor interés para el navegante, a menudo aparecían en blanco. Con el tiempo se fueron adornando con banderolas, dibujos de reyes y escudos o perspectivas de ciudades y montañas, y se le añadían cada vez más objetos, hasta miniaturas de colores brillantes que hicieron que algunas cartas se convirtieran en auténticas obras de arte, objetos de lujo para uso de los potentados.

Los portulanos fueron perfeccionándose década tras década. A finales del siglo XIV incorporan la información de algunos viajeros a Oriente, como Marco Polo, y se conectó geográficamente Europa con China.

El origen de este tipo de representación lo encontramos en colecciones de notas sobre trayectos entre puerto y puerto, basadas en distancias, observaciones astronómicas y reconocimiento de costas. A partir de la introducción del uso de la brújula en el Mediterráneo (finales del siglo XIII) estas notas adquirieron una precisión cada vez mayor, y comenzaron a redactarse libros de derrota en los que se detallaban rumbos y distancias. En 1296 se publicó en italiano *Il compasso de navigare* (la aguja de marear), que cubría todo el Mediterráneo hasta el mar Negro.

Al trasponer todos los datos de estos libros a pergamino y uniendo los distintos puntos entre sí, se trazaron las primeras cartas náuticas de cierta garantía, a las que se denominó cartas portulanas o portulanos. El portulano más antiguo que se conoce es el denominado *Carta Pisana*, del año 1300 aproximadamente, hecha en Génova para un cliente de la ciudad de Pisa.

Ramón Llull (1235-1315) es considerado por algunos como el padre de las cartas náuticas. Ya en el siglo XIII se refiere a las cartas como uno de los instrumentos utilizados por los marinos, y en su obra *El Fénix de las Maravillas* describe el arte de navegar, las cartas y la aplicación a la navegación de la aguja magnética. Según sus testimonios, podemos situar el nacimiento de las cartas portulanas o portulanos entre 1250 y 1275.

Con el propósito de llegar a la India, se llevaron a cabo tempranas navegaciones gracias al perfeccionamiento de la brújula y los avances en la cartografía. Desaparecieron las cuadrículas que traían las antiguas cartas de navegación y fueron sustituidas por redes de rumbos que irradiaban de uno o de varios centros. En estas nuevas cartas, el valor dimensional de la cuadrícula fue sustituido por escalas gráficas lineales, con divisiones o troncos de 50

millas cada una, y cada tronco a su vez apareció dividido en cinco partes de diez millas cada una.

Debido a que la elaboración de estas cartas estaba ligada a intereses comerciales, los italianos –genoveses y venecianos– y los españoles –catalanes y mallorquines– llevaron a cabo la producción de esta cartografía desde el siglo XIII. Italianos y españoles representaron sobre todo las costas mediterráneas, aunque en algunos mapas dibujaron las Islas Británicas y las costas del mar del Norte, e incluso el Báltico. En estas últimas zonas la exactitud fue mucho menor.

De estas cartas resulta interesante ya no tanto su contenido, sino el triple lenguaje empleado en ellas: el textual, el cartográfico⁶ y el icónico, que se complementan armónicamente.

Podemos distinguir dos estilos claramente diferenciados entre italianos y españoles, aunque existen ejemplos de la influencia de unos en otros. Los italianos elaboraban cartas náuticas con fines puramente utilitarios, con pocos detalles artísticos y sin ninguna representación del territorio interior –estaban destinadas a ser utilizadas por marinos–. La escuela mallorquina se caracteriza por la existencia de las llamadas cartas náutico-geográficas, en las que se recogen, además de las informaciones útiles para la navegación, todos los conocimientos geográficos de las zonas representadas que obraban en poder de sus autores.

La cartografía catalana, por su parte, sirvió de fuente a toda la elaboración cartográfica posterior. Para la elaboración de estos atlas los cartógrafos catalanes recurrían a los elementos del mapa-mundi circular típico de la Edad Media, a los perfiles del mar Negro y Mediterráneo de la carta portulana, y a los detalles de los viajeros a Asia (S. XIII y XIV). Entre ellos, datos tomados del viaje de Marco Polo y de los mercaderes y viajeros árabes, así como del *Libro de las Maravillas* de Fray Jordanus (1340). Interesa destacar del mapa catalán su representación de Asia, que por primera vez es muy aproximada a la realidad.

⁶ Se entiende aquí el lenguaje cartográfico como información geográfica, es decir, la representación de un objeto o fenómeno real, localizado en un espacio y en un momento dados.

Los mapas catalanes rompieron los lazos con la tradición –Edad Media- y se anticiparon al Renacimiento.

Durante todo el siglo XIV se llevó a cabo la llamada *navegación de estima*, que consistía en que el piloto de una nave, en posesión de la brújula y con la ayuda de los portulanos, calculaba sobre la carta el punto en que se encontraba, considerando solamente, gracias a la brújula, el rumbo que seguía la embarcación y la distancia que había recorrido en 24 horas. Esta distancia se apreciaba a ojo, y por eso se llamaba *de estima, al punto o punto de fantasía* este procedimiento. Se confiaba tanto en esta técnica de navegación, que los genoveses iban en busca de las islas perdidas en el sur del Atlántico, las cuales no eran sino las Canarias, a las que Plinio había descrito detalladamente, y que durante la Edad Media se dieron por legendarias. En adelante estas islas tendrán una importancia fundamental para la era de los descubrimientos, ya que de ellas parten los vientos alisios.

Más adelante, en el año 1475, se produjo un acontecimiento de suma importancia para la posterior evolución de la ciencia cartográfica y de los conocimientos geográficos: la publicación en Viena de la primera edición de la *Geografía* de Ptolomeo, cuyos manuscritos del siglo II circularon por toda Europa durante el siglo XV, y que sirvió de autoridad y base de nuevos mapas. Con el resurgimiento de Ptolomeo se pretendió crear una cartografía científica; la concepción ptolemaica del *Ecumene* eliminó paulatinamente de los nuevos mapas la excesiva decoración, las historias fabulosas y los lugares desconocidos o cuya existencia no se había confirmado.

Hasta este momento los soportes físicos de los mapas habían sido la madera y el papel (pergamino) básicamente, aunque en tiempos más antiguos se empleó también la piedra, el marfil, el hueso y otros materiales más curiosos como nervios de hojas de palma y moluscos. Es ahora (hacia 1490) cuando se empiezan a utilizar las planchas de metal para grabar los mapas sobre ellas.

Durante la Era de los Descubrimientos, que se inició a comienzos de la Edad Moderna, el mapa constituía un instrumento de poder en una época marcada por la pugna entre las casas monárquicas, las guerras religiosas y las disputas por el dominio de mares, rutas comerciales y nuevos territorios (que según la amplia tradición mitológica y legendaria, guardaban tesoros de un incalculable valor, que impulsó múltiples exploraciones, entre ellas la de Cristóbal Colón en 1492). Así, descubrimos en la cartografía una función no menos importante: la de comunicar una novedad: el descubrimiento de nuevas tierras, mostrando cuál es su aspecto del modo más aproximado posible.

Al establecer una comparación entre aquel momento histórico y la actualidad, se observa que el mapa es un claro exponente de lo que hoy conocemos como cuarto poder: en los años en que se llevaron a cabo todas las exploraciones en el Atlántico, cada descubrimiento geográfico se convertía en secreto de Estado (la conocida *política de sigilo* en Portugal), y la elaboración de los mapas se sometía a un rígido control y supervisión continua, como sucedió en España a través de la Casa de Contratación de Sevilla. Los monarcas se disputaban el trabajo de los mejores cartógrafos (italianos y portugueses, generalmente); el espionaje cartográfico estaba a la orden del día, y las *cartas de marear* constituían uno de los más preciados botines de piratas y corsarios.

Tan anhelada era la posesión de las tierras existentes en el ancho océano –y de las aguas mismas– que en 1479 se firmó el Tratado de Alcaçovas entre el Rey Alfonso V de Portugal y los Reyes Católicos, por el que éstos reconocían a Portugal la conquista y colonización de la costa occidental de África y las islas de Madeira, Azores y Cabo Verde. Se reconocían también los derechos de la Corona de Castilla sobre Canarias (esto es importante porque la ruta que siguen los exploradores cuenta como punto clave con el archipiélago canario). Del mismo modo, fruto de esta continua rivalidad entre España y Portugal, nació el Tratado de Tordesillas, que firmaron en 1494 los Reyes Católicos, de una parte, y Juan II de Portugal, de otra. Por este tratado se fijó una línea divisoria de norte a sur, 370 leguas al oeste de las islas de Cabo Verde. Todos los territorios situados al oeste de la misma pertenecían a Castilla, mientras que los ubicados al este eran de Portugal. Esta rivalidad castellano-portuguesa trajo consigo que la información cartográfica se convirtiera en una valiosísima mercancía, que ambas partes codiciaban. Por ello muchos mapas desinformaban intencionadamente, con el único objetivo de desorientar al rival.

Es común recurrir a los diarios de navegación, relatos de cronistas y viajeros y otras fuentes documentales para seguir la huella de las expediciones que consumaron el descubrimiento de América. Cualquier descubrimiento geográfico era registrado en los mapas, que se convertían así en testimonio gráfico objetivo, en soporte de información pura, sin subjetividad⁷.

⁷ En la cartografía antigua se aprecia, sin embargo, una curiosa mezcla técnico-artística: los mapas tenían un marcado carácter pictórico que, unido a los todavía atrasados conocimientos técnicos y la plasmación en las cartas de territorios auríferos cuya existencia se desconocía (aunque se tenía una fe ciega en que estaban ahí), así como de la Tierra de Promisión... hicieron que los mapas no fueran todo lo fiables que debieran.

La mayor parte de las cartas o mapas que se producen en esta época no sólo son obra de hábiles dibujantes e ilustradores, sino de expertos bien informados por navegantes y geógrafos. Los navegantes, de este modo, han ejercido de comunicadores e intermediarios entre países, personas, gremios... Los mapas mostraban enormes terrenos y señalaban sus latitudes, según las cuales se deducía la existencia en estas tierras de un clima cálido, dulce y atemperado, capaz de asentar a millones de seres humanos que encontrarían fácilmente la abundancia y bienestar que no hallaban en el Viejo Mundo.

Los cartógrafos, que muchas veces se convirtieron en expertos navegantes, y viceversa, actuaron también, empujados por la fuerte demanda, como auténticos comunicadores.

A juzgar por la estadística bibliográfica de la época, la Cristiandad recibía abundante información referente a los asuntos de ultramar, y lo extraño es que, puesto que se trataba de descubrimientos geográficos, se hiciera esperar tanto la publicación de unos mapas que ofrecieran la representación gráfica de cuanto se había descubierto en aquellas tierras, confundidas por los que seguían a Colón con las Indias, y por los otros, fieles a la idea del *Mundus Novus* de Vespuccio, con el impresionante hallazgo de algo jamás concebido ni esperado.

El interés general por el tema nos lleva a pensar que intereses ajenos a los simples derivados de los negocios culturales y editoriales se oponían a dar a conocer al público los nuevos gráficos que representaban aquellos territorios. Los estudiosos de la época y el público en general se hallaban familiarizados con la visión del mundo habitado que les ofrecía el antiguo mapa universal de Ptolomeo, que tanta difusión alcanzó en los pocos años que median del 1475, fecha de la primera edición impresa, a la de 1490, año en que, insospechadamente, se interrumpe la publicación de esta obra, que tanto había contribuido a estimular la empresa de navegar hacia las Indias, y justo en un período en que la fiebre por cuanto se relacionaba con los descubrimientos era más alta, como así nos demuestra la abundante bibliografía.

Por otra parte, existían cartas de navegación transatlánticas, puesto que Colón las utilizaba desde su primer viaje. El primer mapamundi con la representación del Nuevo Mundo, de Juan de la Cosa, acompañó a Colón en su segundo viaje.

Han llegado hasta nosotros varios planisferios y cartas de navegación portuguesas que demuestran que la confección de mapas era un ejercicio bastante generalizado como arte o técnica. ¿A qué se debería, si no, que la imprenta tardara tanto en cumplimentar una demanda pública a todas luces insistente?

Las noticias que llegaban eran de todo tipo: políticas, chismes de las casas de la alta sociedad, sucesos, y también geográficas. Constantemente se descubrían nuevos lugares, y eran los navegantes quienes tenían el privilegio de pisarlos por primera vez, y quienes poseían la primicia que, como toda exclusiva, tiene un alto precio. Una vez que estas noticias llegaban a puerto, podían ser transmitidas de diversas maneras. Bien por vía oral, bien por vía escrita. Ésta última adquiriría la forma de publicaciones, panfletos, que circulaban rápidamente de mano en mano. Pero la más valiosa forma de representación era la cartográfica, que conocemos con el nombre de mapa.